

EL SACRIFICIO DE LOS INOCENTES

Por P. Atanasio Yanes

El paraíso y el infierno no son ni una recompensa ni un castigo, sino la propia condición existencial de nuestra vida.

Fiodor M. Dostoievsky.

Los magos no se pusieron en camino porque vieron la estrella, sino que vieron la estrella porque ya se habían puesto en camino.

San Juan Crisóstomo.

Hace más de 2000 años, recién nacido el Niño-Dios en un pesebre pobre de Belén, Herodes, el rey, ordenó la inmediata ejecución de todos los niños menores de dos años del pequeño pueblo....Todos inocentes, víctimas de los temores del poder efímero, de la pasión malsana de intentar totalizarse a través de la aniquilación del otro, de la manía de dominar. Parece que la primera consecuencia del nacimiento del Salvador es la muerte de los inocentes (Mt. 2, 16-18).

Guerras incesantes, conquistas y exterminios, alianzas y traiciones, cantidad infinita, inconmensurable, de dolor vertida en el mundo, y en medio de los poderes están los inocentes, peones del gran juego, maestros de la angustia en un destino que se cierne sobre ellos como “agoreras aves de hiel, aves de muerte” (José Martí).

Crímenes anónimos, violencia intrafamiliar, herencia del “pecado” transmitida desde la savia materna, degradación de la unión familiar, intensificación del sentimiento de desconfianza colectiva, ocultamiento del sentido de la sexualidad humana y explotación del placer como un fin en y para sí, a costa de la pérdida de la experiencia espiritual del cuerpo y de la experiencia del espíritu encarnado en el cuerpo-templo que le sirve de morada: el ser humano escindido entre el “ser en un mundo” clausurado ante la realidad de lo sagrado, y una sacralidad que muchas veces debe negar todo “ser en el mundo” con el fin de garantizar su propia subsistencia mediatizada.

Dos torres derribadas con cuerpos humanos en el nombre Dios, miles de personas en el infierno de las llamas y de su propia angustia, en el infierno de su radical inexperiencia de la Verdad, aniquilados por quienes han confundido a Dios con sus propios ídolos, con su autointerpretación étnico-histórica, con su propio “proyecto de verdad”, y han creado un mundo, un “cielo” y una “salvación” a su propia imagen y semejanza, un dios-espejo, y enarbolan el derecho “sagrado” de imponerlo a todos, a cualquier precio y por cualquier medio.

Los efectos de la guerra: prisioneros torturados para acceder a la información fidedigna, vejaciones a la dignidad del ser humano, icono vivo de Cristo, ejercicio de exterminios masivos para ahuyentar peligros de oposiciones ideológicas, étnicas, políticas...para ahuyentar al otro.

Volatilización del sentido existencial, fatuidad en el acto de autoconsciencia vital, autoproyección como una "totalidad" ultraindividual paradójicamente siempre temerosa de su propia pérdida, siempre cayendo fuera de sí dentro de su propio límite. Descentralización óptico-ontológica, el simple preguntar por el sentido es ya una falta de sentido. Marginalización de la auténtica experiencia religiosa, que es siempre fruto del amor universal, personalizado, y personalizador, y se orienta hacia el encuentro del otro como mi propia trascendencia, como mi propia salvación, como la exposición del sentido para mí. El derecho al aborto se considera efecto natural de la conciencia de libertad individual, y se sacraliza la aniquilación de una persona por el simple hecho de que aún está "fuera de la ley", de la interpretación jurídico-antropológica del ser persona.

La pobreza en el centro de la vida invivible, la muerte en el no-saber, en el no-entender, el ayuno eterno no sólo de alimentos, de agua, sino también de amor y de esperanza, de orientación vital de sentido, de una vida sin más, sin privilegios... En el cuerno de África la guerra es aliada incondicional del caos natural, de la infertilidad y desertificación de los suelos, de la improductividad del trabajo, de la corrupción de los políticos... y mueren los niños, los ancianos (de 30 o quizás con mucho 40 años de edad), los adultos, y una vez más los niños, víctimas de enfermedades curables, del exceso de moscas en la boca y de gusanos royendo en los intestinos...El mundo mira, con dolor, escepticismo, malsano regocijo o acaso impotencia, el espectáculo, ya consabido, ya tradicional en la historia de los hombres, de la muerte de los inocentes.

Ante la pérdida del sentido, o mejor, del ocultamiento del Sentido en la multitud de "ruidos humanos que llaman a la puerta" (José Martí), muchos recurren a la búsqueda del sentido "propio", devienen demiurgos caídos, misterios de vida agotados de no-vivir, herederos de un mundo artificial, nacido de la intoxicación, de la droga usada como narcótico, de la tecnología y la ciencia como religión, del narcótico como medicina óptica frente a la agudez de la angustia y del "ser-sin-Dios-en-el-mundo". Otros recogen sus fortunas, organizan su imperio de muerte y exponen las cabezas enemigas como trofeos de guerra.

Hoy, más allá de culpas y responsabilidades ciertas e indiscutibles, más allá de criterios políticos o de ejercicios de hermenéutica intelectual en el orden de la razón histórica, entre el fuego cruzado generado por el odio milenar y la incapacidad de con-vivir en el espacio abierto y respetuoso del diálogo, personas inocentes, niños, ancianos, adultos, una vez más niños, mueren para ratificar una verdad por todos conocida y asimismo por todos ignorada: la historia discurre sobre la sangre y el sacrificio de los inocentes. Quizás tuvo incluso razón el filósofo alemán Walter Benjamin cuando escribió que "todo documento de cultura

es también un documento de barbarie” (Primera de las “Tesis sobre la Historia”). Y, aunque solemos creer que esta situación se ha agravado hasta el extremo en nuestro tiempo, resulta evidente que siempre ha sido ahí desde el momento mismo en que la humanidad decidió construir su propia destinación histórica y definir su propia realidad existencial de espaldas a Dios, comiendo el fruto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal¹. Desde entonces, ciertamente, todo documento de civilización y cultura ha sido también, necesariamente, un documento de la crueldad y la barbarie de la humanidad caída.

No parece haber entonces razón para regocijos ni festejos en esta Navidad, ni en este Fin de Año, ni en la llegada de los Reyes Magos.....sino para todo lo contrario, existen las condiciones perfectas para la incredulidad, la desolación y la desesperanza escatológica...

Sin embargo, “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz entre los hombres y buena voluntad”. Habiendo llegado la plenitud de los tiempos², cuando vio Dios que la historia alcanzó su madurez crítica, entonces “el Logos se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1, 1-14). El Logos de Dios es el Sentido, el Sentido de nuestra propia vida y nuestra propia historia. El Sentido se hizo ser humano verdadero, no imagen de humanidad sino realidad plena de humanidad, para asumir en sí la totalidad de nuestra propia humanidad caída, y ascenderla así a la condición de perfección por la gracia a través de la acción de su operación soteriológica, de su “economía de salvación”. La historia discurre en el seno de Dios, como resultado inmediato de la encarnación del Hijo-Logos (Sentido) de Dios, porque el Padre “ha sometido todas las cosas bajo sus pies. Mas cuando digo que «todo está sometido», es evidente que se excluye a Aquel que ha sometido a él todas las cosas. Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo.” (I Cor. 15, 27-28). El cristiano no está llamado a ser una persona “optimista”, sino a ser “escatológicamente realista”, a vivenciar y experimentar la realidad extrema de la encarnación del Verbo de Dios y de su resurrección gloriosa, porque, tal como enseña nuestro padre entre los padres san Basilio Magno, “el Verbo se hizo hombre para que el hombre se haga dios por la gracia”, idea-experiencia que se expresa igualmente en muchos otros Padres de la Iglesia, como san Atanasio el Grande y san Cirilo de Jerusalén.

Tenemos aún sobradas razones para la alegría. Dios respeta y “venera” la libertad humana, don sagrado que Él mismo nos concedió. Interviene en la historia, padece la historia, salva con su Nacimiento desde el centro mismo de la historia, pero no “detiene” la historia, no aniquila ni obnubila la libertad del ser humano, por el contrario, le dice a cada momento: “Quien quiera seguirme, que

¹ “Y Dios impuso al hombre este mandamiento: «De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio (Gen. 2, 16-17).

² Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva (Gal. 4, 4-5).

tome su cruz y me siga” (Mt. 16, 24). El próximo paso nos corresponde a nosotros desde la libertad, como libertad.

Tenemos aún sobradas razones para la alegría, porque hay tinieblas en el mundo, pero “la Luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron” (Jn. 1, 5); hay muerte, pero “Cristo con su muerte ha vencido la muerte”, hay *mundo* en el mundo, pero “Yo he vencido al *mundo*” (Jn. 16, 33). Por ello los cristianos hemos de elevar siempre nuestra plegaria al Señor repitiendo las palabras que eleva el sacerdote en cada Divina Liturgia, según el Ritual ortodoxo, después de la Santa Comunión: “Oh Cristo nuestro Dios, tú que eres la plenitud de la ley y los profetas, planifica también nuestro corazón de la alegría y regocijo por tu Gracia, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.”

Hace más de 2000 años, en Jerusalén, en un lugar llamado Gólgota, ello es “calvario”, el Inocente, el Cordero de Dios llevando sobre sí los pecados...el miedo, los errores, la violencia, la indiferencia, la intolerancia, la indisposición a la dialogicidad...del mundo, fue levantado en la cruz para absolución total del hombre, y al tercer día resucitó de entre los muertos en pro de la restauración y la deificación plena de la Creación toda, para que el cordero pascua se uniera al león, y el niño juegue con la serpiente, para hacer de las armas azadones³, y llegue a ser Dios –el amor, la paz, la vida- realmente “todo en todas las cosas”.

Por ello, como Cristianos, somos hoy llamados a un profundo y verdadero regocijo: el Logos de Dios, el Sentido primigenio, “por quien fueron hechas todas las cosas” (Jn. 1, 1-2), se hizo hombre verdadero para restaurar al ser humano en la unidad con Dios, en el encuentro absoluto del sentido, en la plenitud total del ser, y devolver a la creación la luz del Paraíso, la Epifanía de la manifestación de Dios en el corazón mismo de las cosas, en el centro mismo del mundo que habitamos. Frente a esta realidad se expone ante nuestros ojos la profunda responsabilidad que como cristiano nos convoca. Estamos llamados a ser “sal de la tierra” y “luz del mundo”⁴, ello es a contribuir efectivamente a la instauración de la paz, de la comprensión espiritual de nuestra propia historia, de nuestro propio ser histórico, con el compromiso de establecer espacios de verdadero diálogo, de encuentro común más allá de diferencias de credo u orientación, con el solo

³ Lo que vio Isaías, hijo de Amós, tocante a Judá y Jerusalén. Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahveh será asentado en la cima de los montes y se alzarán por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte de Yahveh, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos.» Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahveh. Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos. Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercerán más en la guerra (Is.2, 1-4).

⁴ “Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del candelero, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mt. 5, 13-16).

presupuesto de que nuestra opción “el culto a la dignidad plena del hombre” (José Martí) y la búsqueda de la verdad. Diálogo sincero e inclusivo, que incorpore a todos en pro del bien común, y, comprometido con la verdad según nuestras fuerzas, oriente hacia la conciencia del Bien Máximo, realizando de esta manera nuestra propia vocación como seres en libertad capaces de portar en sí y reflejar en sí y materializar a través de sí toda la grandeza, toda la luminosidad y todo el amor de nuestro Creador, porque “a su imagen y semejanza” hemos sido creados⁵.

Cada 6 de enero celebra el mundo ortodoxo esta fiesta extraordinaria, la Teofanía, la “mostración de Dios” al mundo en el Bautismo del Jordán. La fiesta de la esperanza y la reafirmación del compromiso inamovible de Dios. Dios-Padre llama a Cristo “mi Hijo amado”, y el Espíritu Santo sobrevuela la faz de la tierra en forma de paloma (Mt. 3, 13-17), en la operación santificante de su amor, expresión mística de la Esencia incognoscible de la Santa Trinidad, para indicarnos que no estamos solos, que el dolor es siempre el preludio de la gloria, y que el sacrificio de los inocentes (odiado por Dios pero ejercido por los hombres), es siempre muestra de la inamovible cercanía de Dios, inconfundible anuncio de la Resurrección.

“Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca; ya que nunca habíamos estado tan inseguros” (Pedro Arrupe, SJ.).

Atenas, Grecia; 1 de enero de 2009, fiesta de la circuncisión del Señor, y memoria de San Basilio Magno, Obispo de Cesarea.

⁵ Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó (Gen. 2, 26-27).